

SEGUNDO
PREMIO QUIRÓN
DE RELATO CORTO

PRESENTACION	00
JOSÉ MARI	00
de José María Bernet Granado	
<i>Relato ganador</i>	
NI MUCHO, NI POCO	00
de Josefa Morato Ascó	
<i>Primer accésit</i>	
LA MITAD MÁS HERMOSA DE LA VIDA	00
de Margarita Borrero Blanco	
<i>Segundo accésit</i>	

ISBN, editado por xxxx. Todos los derechos reservados.... Y tb.
 Primera edición: septiembre 2009

GRUPO HOSPITALARIO QUIRÓN ha consolidado este año 2010 una iniciativa que nació el pasado año y que ha despertado un gran interés entre los participantes. Así, con esta segunda edición del PREMIO QUIRÓN DE RELATO CORTO continuamos apostando por un galardón con el que proponemos la escritura y la lectura como actividades beneficiosas para el mantenimiento y la recuperación de la salud.

El objetivo de este proyecto ha sido una vez más estimular y dar a conocer la obra de nuevos creadores que pretenden abrirse camino en el campo de las Letras y, por otro lado, ofrecer un servicio adicional y promover la lectura entre los pacientes de Grupo Hospitalario Quirón.

Este libro recoge los trabajos literarios del ganador y los dos accésit, que han sido, en primer lugar, José Mari, de José María Bernet Granado; en segundo Ni mucho, ni poco, de Josefa Morato Ascó; y en tercero La mitad más hermosa de la vida, de Margarita Borrero Blanco.

A esta II convocatoria del Premio Quirón de Relato han optado 1.161 candidatos que han presentado aproximadamente 1.500 textos. 771 de estos autores proceden de España, 363 de Latinoamérica, 25 de distintos puntos de Europa, y el resto están repartidos entre África y Asia. El Premio está dotado con 1.000 euros para el ganador, dos accésit de 500 euros para cada uno de los dos finalistas, así como con la publicación de los tres relatos finalistas en un libro que se repartirán en las habitaciones de todos los hospitales Quirón.

Nuestro más sincero agradecimiento a todos los participantes así como a los componentes del jurado del I Premio de Relato Corto del Grupo Quirón, presidido por doña Pilar Muro, presidenta de Grupo Hospitalario Quirón, y compuesto el Dr. D. Alberto de Cecilia Gómez, médico de Hospital Quirón San Sebastián; Doña Alicia Ibares Carrillo, delegada en Aragón de la Agencia Europa Press; Doña Carmen Cordón, periodista y escritora; D. Francisco Martín Martín, filólogo y primer accésit del Primer Premio Quirón, y el Dr. D. Juan Pérez-Miranda, decano de la Facultad de Ciencias Biomédicas de la Universidad Europea de Madrid.

JOSÉ MARI
José María Bernet Granado

1 $\times 5 \text{ DÍAS} = 5 \times 4 \text{ semanas} = 20 \times 11 \text{ meses (si des-}$
 $\text{contamos uno de vacaciones)} = 220 \times 2 \text{ años} = 440.$

Últimamente me dedico a hacer cálculos. Cálculos absurdos e innecesarios que carecen de cualquier propósito, como no sea el de ayudar a mantener ocupada la ociosa mente de un jubilado.

Cuando bajo la escalera para dar mi paseo matinal y me encuentro a la carterera en el portal distribuyendo la correspondencia, hago cálculos sobre el número de cartas que puede llegar a repartir en una mañana, en un mes, durante toda su carrera postal... ¿Y yo? ¿Cuántas cartas habré recibido en mi vida? Muchas, muchas, aunque cada vez menos y sólo facturas y publicidad; culpa de eso que llaman las nuevas tecnologías, supongo... Ya de camino, si me cruzo por el barrio con el butanero, me agoto con sólo imaginar la de bombonas que ese sufrido trabajador acabará echándose a la espalda al cabo del día, de la semana... y el total de quilos que eso representa; y

cuando el domingo viene a visitarnos mi hija y veo a mi nietecita comiéndose un potito, pienso en la cantidad de ellos que llegará a zamparse antes de que le salgan los dientes.

Esos cuatrocientos cuarenta son, por ejemplo, los cigarrillos que aproximadamente le di a José Mari hace ya bastante tiempo. Durante el tiempo que disfruté de su amistad.

**

Recuerdo que cuando le di el primero no le presté atención, al darle el segundo me molesté un poco, y cuando al día siguiente me pidió un tercero, le increpé furioso:

- ¿¿Es qué piensas pedirme un cigarro todos los días??
 ¡¡Vamos, hombre!! Ésta sí que es buena... ¡¡Ni qué fuera yo el único viajero que baja del tren!!

- Perdona, pero es que tú tienes cara de buena persona - me contestó- cosa que me dejó algo desconcertado, en claro “fuera de juego”. A pesar de ello, ese día no le di el cigarrillo.

Camino a casa desde la estación empecé a sentir un cierto malestar por mi brusco comportamiento con aquel joven. Debía tener unos treinta y cinco años, y mantenía un cierto aire de elegancia a pesar de vestir una ropa algo pasada de moda. Era alto, preocupantemente delgado,

de pelo rubio tirando a colorado, ojos claros enmarcados -diríase que a conjunto- en unas permanentes y violáceas ojeras, y la cara y los brazos muy morenos, casi quemados, seguramente de recibir sobre su piel los abrasadores rayos del sol y el viento en la cara mientras deambulaba sin rumbo por las calles o de esperar no sé qué o a quién en aquel banco de la estación del “carrilet” (1) de Sant Boi (2). No había que atar muchos cabos para darse cuenta de que se trataba de uno de los enfermos del hospital psiquiátrico y aquello me hizo sentir aún peor.

Al día siguiente, mientras regresaba del trabajo en el tren, iba pensando en cómo podría resarcir a aquel muchacho, caso de volver a verle, de mi lamentable actitud del día anterior. Al apearme lo encontré sentado en el banco de siempre, me miró, pero no se acercó como las otras veces, así que fui yo quien me acerqué hasta él y le pregunté:

- ¿No vas a pedirme hoy un cigarro?

- No. Ayer te enfadaste, y no quiero que te enfades conmigo.

- Lo sé. Tienes razón. Discúlpame por la forma en que me comporté... ¿Cómo te llamas?

- José Mari.

- José Mari ¿Quieres un cigarro?

- Sí, gracias.

- Quédate el paquete si quieres.

- No, con uno me basta. Gracias otra vez. ¿Por qué no te sientas y te fumas tu uno?

- Es que me esperan en casa para comer... Peo bueno,

tampoco me va de cinco minutos...

Y a partir de aquel momento, cada día, cuando llegaba de trabajar, a eso de las dos y veinte, me esperaba José Mari para fumar juntos un cigarrillo y charlar un rato.

Me contó que, en efecto, estaba ingresado en el Hospital Psiquiátrico de Sant Boi, pero que no estaba loco. Hoy en día todos lo estamos un poco -le comenté- pretendiendo quitarle importancia y dramatismo a su confesión, pero él me aseguró que no, que no estaba loco, solamente algo deprimido, triste sin duda, y muy, muy decepcionado de una vida dura e injusta. De la persona que prometió ante el altar quererle el resto de su vida, pero que incumplió su promesa, y del que creía que era su mejor amigo y resultó ser sólo un traidor, cobarde y canalla. De una familia que en un principio le apoyó y se preocupó, y que acudía a visitarle todos los domingos hasta que dejó de hacerlo uno, sin saber porqué, a pesar de que habían quedado en la estación a las cuatro en punto. Como de costumbre...

Pero que aún no arrojaba la toalla y estaba convencido de que, tarde o temprano, llegaría un día en que recobraría la ilusión y las fuerzas y subiría a uno de esos trenes que ve pasar sin descanso y, todo, volvería a comenzar...

Fueron varias las ocasiones en que le invité a casa para almorzar juntos, pero nunca aceptó; en otras cuantas le propuse acompañarme algún sábado a ver a mi nieto jugar al fútbol pero, una tras otra, declinaba invitación tras invi-

tación. No tienes que hacer nada de eso por mí -me decía- es tu familia, no la mía, y a mí me basta con tu amistad y con charlar cada día un rato contigo mientras fumamos un cigarrillo.

Y durante aquellos dos años, he de reconocer que José Mari se convirtió en mi mejor amigo. Y ahora que el tiempo ha pasado, miro hacia atrás y admito mi vanidad y mi prepotencia al pensar, en un primer momento, que el hablar conmigo le iría bien para sus problemas, que le serviría de terapia conversar con alguien "normal". Y también ahora me doy cuenta, al clasificarme a mí mismo de "normal", de mi ignorancia, de mis estúpidos prejuicios, de lo poco que me importaban los demás y sus circunstancias. "Normal"... Me avergüenzo tanto de haber tachado entonces de anormal a José Mari y a tantos otros José Maris que en ocasiones veía y veo todavía pasear por La Rambla de Sant Boi cuando cualquiera de nosotros o de nuestros allegados podemos llegar a encontrarnos en una situación similar en algún momento de nuestra existencia. ¡Qué terrible error! Perdón, perdón...

Pero, afortunadamente, pronto abrí los ojos y comprendí que José Mari era tan normal como podía serlo yo, y, que de haberlo, el mayor beneficiado por aquellos quince minutos de terapia diaria era yo; pues a José Mari podía contarle abiertamente todas mis cosas, todos mis problemas... El incierto panorama laboral y el mal ambiente que eso generaba en la fábrica; aquel mazazo que significó

la separación de mi hija y su marido con unos niños tan pequeños; la terrible enfermedad que padeció mi mujer y que mutiló su pecho...

Él, con su filosofía de la vida sencilla, sincera, fundamentada en alguien con estudios, preparada, que un día llegó a tenerlo todo y que ahora no tenía nada, me hacía ver lo importante de las cosas pequeñas, cotidianas, de esas cosas de la vida que no valoramos lo suficiente la gente corriente, probablemente, porque las poseemos o porque estamos inmersos en nuestros problemas, en nuestras rutinas, en nuestros afanes y en nuestros, en su mayoría, banales y caprichosos anhelos y ambiciones que, generalmente, sólo suelen acarrear estrés, apuros económicos, frustración e infelicidad.

No importaba que el ardiente sol del mes de julio cayera a plomo sobre los dilatados raíles, ni que en el melancólico otoño la fina lluvia hiciera brillar las ennegrecidas piedras del balasto como pulidos azabaches... Allí estábamos, fieles a nuestra "no cita", los dos amigos, charlando y echando un cigarrillo mientras veíamos pasar los trenes. En aquel banco nos encontrábamos de lunes a viernes todas las semanas, mes a mes, estación tras estación; en la estación del "carrilet" de Sant Boi, los dos amigos...

Hasta que llegó un día en que los rumores que desde hacía meses se venían escuchando se hicieron realidad y la empresa donde yo trabajaba decidió cerrar sus puertas. Y no es que les fuera mal el negocio, ni que hubieran pérdidas,

simplemente, la trasladaban a un país "emergente" del este de Europa. Cuestión de productividad vinculada al coste por unidad y al beneficio final, nos dijeron... Resumiendo, que los trabajadores más veteranos jubilados o prejubilados, y los más jóvenes, a la calle.

Y sé que puede parecer extraño, pero a la hora de tomar mi último tren, puntualmente, a las dos y siete, no me preocupaba el despido, ni lo que me quedaría de pensión, ni a lo que dedicaría el resto de mis días, ni, siquiera, si llegaría a sentirme viejo e inútil. Lo único que me preocupaba es que no volvería a encontrar a mi amigo José Mari al final de cada jornada, que no charlaría con él y que no fumaríamos juntos nuestro cigarrillo.

Al salir del túnel, muy cerca ya de la desembocadura del río Llobregat, la deslumbrante claridad obliga a cerrar los ojos unos instantes, al abrirlos, la aparatosa sencillez de la iglesia de San Baudilio destaca austera sobre el horizonte samboyano, momentos después, el tren entra en la estación. Al apearme aquel último día, me detuve pensativo unos instantes en el andén. Los demás viajeros pasaban apresurados a mi alrededor mientras miraba a José Mari sentado en el banco; al verme, se incorporó al punto, acercándose hasta donde yo estaba y preguntándome:

- Algo te pasa, ¿Me equivoco?

- No, no te equivocas. Sentémonos...

Pasa que hoy ha sido la última vez que me has visto bajar

de ese tren. ¿Te acuerdas lo que te había contado sobre los rumores del traslado de la fábrica? Pues bien, hoy se han confirmado. Cierran y me jubilan.

- ¡¡Jubilado! ¿Pero si esa noticia es estupenda...! ¡No sabes cuánto me alegro! Se acabó el tener que levantarte a las cinco cada mañana y el pasar ocho horas diarias encadenado a esa incansable e insaciable cadena de montaje. Recuerda lo harto que me decías que estabas del despota de tu jefe y del egoísmo de alguno de tus compañeros. Ya verás, ahora, dispondrás de todo el tiempo del mundo para hacer lo que tú quieras: escuchar las tertulias de la radio, hacer de tus jilgueros unos campeones, salir más con tu mujer e incluso realizar juntos ese viaje a Canarias que tantas veces le has prometido... Imagina qué maravilla poder ir a buscar a tus nietos al colegio cada tarde, llevarlos un rato al parque, y cuando vuelvas a casa agotado de corretear tras ellos, sentarte en tu sillón preferido para, sin el agobio de estar que estar mirando el reloj a cada momento para cenar pronto e irte a dormir, ver un programa de televisión o intentar acabar de una vez alguno de esos dichosos crucigramas de números que tanto te desesperan y siempre dejas a medias.

Ya has trabajado bastante en tu vida, y lo que toca a partir de este momento es descansar, cuidarse y vivir.

- Todo eso ya lo sé. Pero no es precisamente eso lo que más me preocupa.

- ¿Entonces?

- ¡Entonces!? Es que no te das cuenta de que ya no nos veremos... Que no podremos charlar, fumar nuestro cigarrillo... ¿Quién se sentará junto a ti? ¿Quién me aconsejará en mis problemas? ¿Quién me echará una mano con la quiniela? Y a quién le gorrearás el tabaco...

- Pero tú eres un tipo simpático -dijo mientras pasaba su brazo por mi espalda y me cogía del hombro-, agradable, algo cascarrabias a veces, pero buena persona. Tendrás más amigos, conocerás a otros jubilados con los que podrás pasear, jugar a la petanca, pegarles una paliza al dominó...

- Ya. Pero tú eres mi mejor amigo... Si quisieras podríamos seguir viéndonos cada día... Puedo acercarme hasta la estación; o si lo prefieres, paso a buscarte por el hospital y...

- ¡No! Por el hospital, no.

- Entonces quedaremos aquí, igual que siempre, y ya sin prisas podremos conversar tranquilamente, caminar hasta el río, ir a tomar café, a leer el periódico a la biblioteca... Sí, haremos eso, todo seguirá igual ¡Qué digo igual! ¡Será mucho mejor! Quedamos el lunes a las dos y veinte, aquí, como si nada pasara. ¿Eh, José Mari? Como si nada pasara... De acuerdo Valentín, nos vemos el lunes; pero, ante todo, intenta disfrutar al máximo de esta nueva etapa de tu vida, vive intensamente todas sus posibilidades, cuida de tu mujer, haz ese viaje, ayuda a tus hijos y a tus nietos... Valora todo lo que tienes y, recuerda, que nada es para siempre.

El lunes, como habíamos quedado, fui hasta la estación, pero José Mari no estaba. Esperé varias horas, pero no apareció. Regresé el martes, el miércoles... Nada.

El jueves, a pesar de que sabía que no le iba a gustar, decidí acercarme hasta el hospital convencido de que estaba enfermo o de que le había sucedido algo.

Pregunté por él a la enfermera de recepción quien, amablemente, me informó que tras salir de paseo el pasado domingo no había regresado; que los cuerpos de seguridad ya tenían el aviso y la descripción para, caso de encontrarlo, retornarlo al centro; y que, como es preceptivo, habían contactado con su familia pero que desconocían tanto el paradero de José Mari como quién podía ser ese tal Valentín Dengra para el que había dejado una carta sobre su mesita de noche. Le dije que ese tal Valentín Dengra era yo, y, tras enseñarle el carné de identidad, me la entregó.

Abandoné el hospital con la carta en la mano. Caminando junto al muro del psiquiátrico que discurre paralelo a la carretera y a las vías del tren, me di cuenta de que nunca había reparado en él y en lo grandioso de aquel complejo hospitalario. De los diversos pabellones que lo forman y en donde, por separado, hombres y mujeres tratan de poner en orden sus ideas y encajarlas en un laberinto de sentimientos; recludos, aislados por el alto muro del resto de la gente como si de peligrosos delincuentes se tratara... ¿Cuántos dramas encerraría aquella pared? ¿Cuántos sufrimientos? ¿Cuánta incompreensión...?

En pocos minutos llegué hasta la estación. Me senté en nuestro banco y abrí la carta. Carta que aún conservo y que dice así:

“ Querido Valentín:

Hoy empiezas una nueva vida repleta de esperanzas y oportunidades; algunos miedos también, lo sé... Liberado por fin de las obligaciones laborales que durante tantos años has soportado y que quizás te daban un motivo por el que levantarte todas las mañanas. Pero ya verás que existen otras muchas razones que irás descubriendo día a día y que seguro que te sorprenderán...

Y he pensado que si tú vas a ser capaz de hacerlo, yo también debería de ser capaz de hacerlo; por eso, aunque sólo sea por solidarizarme contigo, con mi compañero, con mi amigo, voy a subir a uno de esos trenes que he visto pasar durante tanto tiempo y, también yo, voy a comenzar una nueva vida.

Nunca te olvidaré; y a eso de las dos y veinte encenderé un cigarrillo y lo fumaré junto a ti, donde quiera que yo esté.

Tu amigo,
José Mari”

(1) Nombre con el que popularmente son conocidos los ferrocarriles de vía estrecha de la Generalitat de Cataluña. (2) Población cercana a Barcelona conocida por albergar el complejo hospitalario de salud mental más importante de Cataluña.

NI MUCHO, NI POCO
Josefa Morato Ascó

■ CUÁNTO LE CONTRARIABA encontrar la cama deshecha después del trabajo! Y él lo sabía. Se lo había recordado, como tantas otras veces, aquella mañana cuando, dominada por un instinto primario, dio un golpe seco sobre el lecho partiendo aquel molesto ronquido que acompañaba sus noches y sus amaneceres desde hacía ya una eternidad. La sacaba de quicio, anhelaba ser perversa: pellizcarlo, empujarlo..., pero siempre acababa realizando aquel sonido oclusivo con el que, inexplicablemente, él despertaba un segundo, rezongaba y se daba la vuelta. De no aprovechar aquella tregua, sus noches se convertían en un infierno de desvelos encabritados y obsesiones perdidas. No soportaba levantarse a las siete y examinar, ya con los zapatos de tacón de aguja colocados, la silueta larvada bajo el edredón, aquel belfo inferior hundido en la boca, las aletas taponadas y, de repente, lo peor: la eclosión, el odiado ruidito lanzando su lava acuosa, aquellos hilillos pegajosos que la obligaban a desperdiciar su tiempo en aquella almohada sucia de líquidos. “Pja”... “pja”...

“pja”..., el morro temblequeante al compás de cada “pja”, disminuyendo en intensidad como las sacudidas hirientes de su deseo congelado y la vuelta a la perpetua, interminable, inaguantable y odiosa sucesión de “pjas”.

El caso es que el matrimonio, al principio, tuvo sus momentos; cuando no había niños, cuando todo era recién estrenado, cuando la jornada desembocaba en un anhelado intercambio de fluidos aún no repugnados. Aunque de joven ya apuntaba maneras; a la pregunta: “¿Me quieres?”, aquel “bastante” contestado con indolencia, aquella invariable y monótona palabrita que al principio sorprendía por su originalidad, se convirtió con el tiempo en un suplicio, pues escondía –lástima no haberse dado cuenta a tiempo- una manera más consciente que inconsciente de plantificar su santa voluntad en todo. Le dolía recordar todo aquello. La ambigüedad de sus respuestas, cada vez más frecuentes, había conseguido ningunearla y la hacía sentirse muy poquita cosa.

Los comienzos añorados se desdibujaban cuando lo veía allí panza arriba con la boca abierta y la ira arremetía contra el recuerdo. Por un instante comprendió a los que, enajenados, se dejan llevar sin rendir cuentas a la conciencia, sin remordimientos. Entendió que el odio era posible; por eso dio aquella patada que lo despertó y cuando, aturcido, preguntó: “¿Qué pasa?”, se acercó y besándole la frente susurró: “Nada cariño. Me voy al trabajo. No tardes en levantarte. Y haz la cama.”

Él soñaba la lascivia de mujeres ingravidas, de ninfas transparentes que se lanzaban solícitas sobre el trono de su rey. En las entretelas del sueño, los rostros de aquellas hembras se revelaban y confundían. Ondinas imaginadas que al acercarse mudaban en rostros amigos. Y la instantánea de un beso, el regalo de unos labios ardientes que iban a posarse sobre los suyos, se rompió con una fuerte sacudida que lo despertó. La impresión lo dejó palpitando ahogadamente, aturcido por la premura del tránsito entre la vigilia y el sueño. Sabía que odiaba que lo despertasen así y ella seguía haciéndolo todas las mañanas. Lo hacía a propósito, estaba seguro. No podía soportar irse a trabajar y que él pudiera quedarse un poco más descansando. Jamás había entendido ni respetado su ritmo de sueño, de hábitos, de vida... diferente. Ahora, tras la patada, vendría el beso en la frente y el rosario de reglas que comenzaba con el mandamiento de hacer la cama y continuaba con otros que él se negaba a retener en la memoria. Ella no valoraba nada, hiciera lo que hiciese. Vomitaba reniegos que impregnaban el aire como la estela asfixiante de su perfume.

Hubo un tiempo en el que sus noches la poblaba sólo ella, en el que veía la adoración en su mirada, en su imposura, en su cama. Hubo un tiempo en el que la evasión era innecesaria. Un tiempo en el que ella lo idolatraba como las náyades que acababan de esfumarse. ¡Dios, cómo se había prendado de aquella sonrisa! Añoraba los primeros

tiempos, el perfume fresco de entonces, el aturdimiento, la timidez; aquella inexperiencia que desembocaba en compases de un baile apasionado, despojados de recato, que lo dejaban conturbado en el centro de una ternura desvestida de placer limpio y salvaje: el eterno sueño masculino. Ahora, aquella sequedad disfrazada de cariño maternal lo sacaba de quicio: los besos en la frente, las miradas de reproche, el continuo desencuentro de sus vidas. Lo que más le irritaba era su intencionado uso de ciertas palabras. Recordó la ocasión en que lo llamó “ácrata”. Libertó el vocablo como el vómito de un borracho y él no pudo evitar una sonrisa que aún consiguió enfurecerla más. Cuando, iracunda, le preguntó: “¿Reconoces o no que eres un ácrata?” Él, con un atisbo de cinismo —tenía que reconocerlo—, solamente contestó: “Depende”. Sabía que aquel tipo de respuestas no era plato de su gusto, pero nunca era tan sincero como cuando las usaba. Todo es relativo. Si con ácrata se refería a que no aceptaba su autoritarismo, era correcto; si por el contrario quería decir que era partidario de la supresión de toda autoridad, es que no lo conocía en absoluto. Pero dejarse arrastrar por aquel tipo de disertaciones sabía que traía como consecuencia un período de silencios cada vez más largo. Hacía años que había decidido evitar esos enfrentamientos. Aquel “Depende” que debía haber silenciado, salió sin control. Craso error. Y, aunque cada vez se dominaba más, en ocasiones...

Tras dejar al tercero, el del descuido, en la escuela, llegó al trabajo. Se quitó el abrigo y se colocó los auriculares. Ensayó la postura. Dispuso la sonrisa. Arregló los papeles que descansaban, junto a las dos mandarinas que el régimen le permitía, en la exigua mesita oculta bajo el mostrador, fuera del alcance de miradas indiscretas, donde también quedaban olvidados los zapatos de tacón esperando durante ocho horas su rescate. Allí iba a contestar un promedio de ciento veinticinco veces ese día cómo llegar a tal o cual habitación. Caras anónimas que preguntaban sin mirarla de frente. No era que le resultara desagradable, no. Se había acostumbrado, ya eran veinte años. Aunque le hubiese gustado acabar la licenciatura que tuvo que dejar cuando quedó embarazada del primero. La carrera del marido siempre parecía prevalecer sobre la suya: primero la pasantía para abrirse camino; el ingreso en el bufete de los Giner —el más prestigioso de la ciudad—; preparar los casos hasta altas horas de la madrugada y, años más tarde, empezó aquello de instruir a los más jóvenes. Todos habían disfrutado de él, todos menos ella. Se pasma de que su mente haya usado esa palabra “disfrutar”; más bien quería decir que desconocidos compartían sus logros y ella sólo recogía, al final del día, cansancios y precariedades. Aún recuerda la amargura de aquel tiempo en que lo contemplaba acicalarse como nunca por las noches para las cenas de empresa, sus caprichosas exigencias: camisas de todos los colores; los caros perfumes, siempre diferen-

tes. Y el nombre de aquella pasante nueva: Sofía. La dignidad le impedía ser paño de lágrimas y aún más rebajar a alguien a ese papel, así que escondió su enojo en la ramplona monotonía diaria ahogando los rebrotes de los sueños del pasado.

Cuando a las nueve de la noche sonó el teléfono y él le comunicó que no cenaría en casa no se extrañó ni preguntó el motivo, ¡tanto daba!

A las 9,30 horas entró con paso recio por la puerta del bufete del que soñaba ser socio. Se recreó en la imagen que le devolvía el espejo de la entrada: hombre bien proporcionado a pesar del promontorio abdominal, ojos obstinados, porte enérgico, bien vestido... Ese era él. Había consolidado una madurez atractiva y un carácter dicharachero, envidia de todos sus colegas. Nunca se había abandonado en brazos ajenos, a pesar de presentir que su arrojo habría obtenido la coartada perfecta. “Me he contentado con reclamar atención”, pensó mientras realizaba el recorrido matinal entre sonrisas y deseos de buenos días. Con la excelente disposición de siempre, se sentó ante el escritorio y se concentró en el caso que le esperaba en el juzgado cerca del mediodía. Un duelo: ganancia contra justicia, el experimentado contra el novel, poder contra verdad; en circunstancias parecidas nunca dudaba del éxito, pero aquel contrincante tan parecido a él en su juventud, tan ambicioso... le pronosticaba una dura batalla. No podía

permitirse ningún descuido.

Aquel día le aguardaban dos grandes satisfacciones. La primera, no por conocida menos esperada y de la que no había querido desprenderse nunca a pesar de ser gato viejo en estas lides: el reconocimiento público de su triunfo. La segunda le llegó por teléfono: “¡Mi enhorabuena!, un trabajo excelente. Le espero en el restaurante de siempre para celebrarlo, todo el bufete acudirá. He de anunciar algo. No admito excusas.” Aquello era la felicidad. Su respuesta: “No faltaré”, sonó como campanas de gloria en su oído. El anuncio no podía ser otro que su tan ansiado ascenso al sillón de socio. Sin saber por qué empezó a tararear una canción que su hijo mayor ponía continuamente en casa y que ignoraba que supiese, algo así como: “todo depende, de según cómo se mire...” Qué gran verdad. Tendría que llamarla para que no le esperase a cenar. Le molestó que ni siquiera preguntase el motivo de su ausencia. Hacía tiempo que no le interesaban sus éxitos. La respuesta: “Te guardaré el asado para mañana” pronunciada con un tono frío, consiguió que el júbilo sentido se amortiguara. Pero no estaba dispuesto a renunciar a su momento de gloria por una nimiedad. La diosa Fortuna le sonreía y no iba a dejarla sola.

Su entrada en el restaurante fue un torrente de cordialidad, de atenciones, de parabienes, de palmaditas en la espalda, del deseado anuncio que lo colocó en el trono. Él correspondió con gran animación relatando los casos más

importantes y las estrategias empleadas durante sus años de abogado. Bebió más de la cuenta. Se dejó llevar por la oleada de elogios. Realmente era el rey, su sueño había resultado premonitorio.

Llegó a casa a altas horas de la madrugada y la encontró durmiendo, acurrucada. Si pudiera contarle el día glorioso que había tenido, como antaño cuando compartían todos sus triunfos y ella los recibía emocionada, cuando la complicidad entre los dos todavía latía y cada palpito era reconocido al unísono.

Podía intentarlo, sólo era cuestión de encontrar el momento. Sí, lo haría, rescataría la ilusión que había que reinventar cada mañana.

Cenó poco y sola. Su monólogo interior, cada vez más ramplón por la forzada mediocridad a la que se veía condenada, la llevó a desmayadas y ofuscadas repeticiones. Se engañaba convencida de que el pensamiento fluía y, sin embargo, la atrapaba en callejones sin salida, infructuosos discursos, murmullos interiores que poblaban su cabeza aumentando de volumen hasta hacerse insoportables.

Cuando exhausta de tanta pseudo reflexión indigesta por fin se acomodó entre las sábanas, un sólo pensamiento la raptó: vencer el cansancio, el sueño. Quizá esperarlo despierta. Quizá no ir a trabajar. Adaptarse a su tiempo, a su ritmo, rescatar el diálogo olvidado.

Él contempló su rostro y se acercó para besarle el pelo, era tan bonita como cuando la conoció, las incipientes arrugas no menguaban su atractivo. Pero la bebida había entorpecido sus movimientos y al acercarse para depositar su ósculo como había planeado se derrumbó sobre la cama.

El golpe la despertó y, ella, de forma inconsciente, miró el reloj despertador de la mesita.

Odiaba que mirara la hora cuando llegaba a casa después de una cena. Intentó pasar por alto el detalle.

Ella logró incorporarse en la cama: “¿Lo has pasado bien?”

Él paseó sus dedos entre la maraña de cabellos desordenados, dispuesto a contarle. Pero, sin saber por qué extraña maldición, sólo alcanzó a contestar: “Bastante”.

LA MITAD MÁS HERMOSA DE LA VIDA
Margarita Borrero Blanco

L ORENA echó un vistazo hacia el ala derecha del avión, que en ese momento atravesaba una hilera de nubes densas como algodones. Enseguida volvió a escudriñarse las uñas con ánimo voraz. Después de una semana sin mordisquearlas, las cutículas ya no sangraban y los pedazos de queratina habían perdido al fin la huella de sus dientes. Era su único triunfo contra la ansiedad. Llevaba más de dos días sin dormir y en lugar de sentir un suave aleteo de mariposas en el estómago que siempre le había producido la evocación de su amante virtual, sentía una bandada de murciélagos hambrientos que le producían una sensación de dolor y de frío cavernario. Planeaba encontrarse con un hombre que había conocido por Internet llamado Daniel Márquez y deseaba de todo corazón que no sólo se llamara así, si no que hubiera sido tan sincero como ella durante los tres meses que llevaban chateando de forma febril, él desde Madrid y ella desde Bogotá. Se trataba de un cuarentón, diez años mayor que ella, divorciado y potencialmente peligroso según las amigas que le habían desaconsejado aquel viaje demencial.

Todas coincidieron en afirmar que el amor por chat era un engaño y que al hacer ese viaje ella se arriesgaba a una caída libre al pozo sin fondo de la desilusión. Pero Lorena no escuchó las súplicas de sus amigas más sensatas. Sólo tenía oídos para el conversador invencible que había comenzado a conquistarla entre línea y línea, que había rematado la faena del flechazo gracias al teléfono, con su voz baritonal y su forma de hablar que diferenciaba la pronunciación de la “C” de centella, la “S” de serpiente y la Z de Zancudo. Por el mero placer de escucharse, ambos habían visto subir su cuenta telefónica hasta cifras astronómicas y al final eso fue lo que los decidió a comprar a medias un pasaje de avión y encontrarse cara a cara. Nunca lo había visto en foto, ni él a ella, pero hablaban por teléfono a diario, con un encarnizamiento de adolescentes. Acordaron que cuando se encontraran ambos vestirían de rojo y negro –el título de la novela favorita de ambos– y se identificarían con una frase de Stendhal que utilizaban como su santo y seña en el Chat: «el hombre que no ha amado apasionadamente, ignora la mitad más hermosa de su vida».

–Necesito relajarme –se ordenó Lorena a sí misma. Acarició el libro que llevaba sobre los muslos. Había tomado dos pastillas para los nervios antes de abordar el avión y comenzaba a sospechar que la dosis resultaba insuficiente, pero, en realidad, ningún narcótico en el mundo hubiera conseguido sosegar un espíritu tan

agitado como el suyo.

–Relájate, relájate –se dijo en voz baja con los ojos cerrados y moviendo los labios mientras lo repetía, aferrada a la solapa de su libro, ajena a todo lo que le rodeaba. Consiguió dominar su respiración, sus latidos se hicieron más lentos y siguió repitiendo la palabra «relájate», como si fuera un conjuro contra la ansiedad. Al abrir los párpados y retomar conciencia de dónde se encontraba, tuvo que defenderse con su sonrisa infantil de la mirada recriminatoria de su compañera de asiento. Era una señora de cejas depiladas en dos arcos simétricos y un peinado recién salido de la peluquería, oloroso a laca. Miraba a Lorena con desprecio, como reprochándole sus excesivos conjuros contra el terror y ella se censuró por haber atraído la atención de una mujer como aquella. A leguas se le notaba que era capaz de elevar las cejas hasta la raíz del pelo si alguien oprimía el tubo del dentífrico por la mitad, o dejaba el cepillo de dientes fuera del lugar que le correspondía. Para olvidarse de ella, Lorena se metió un chicle en la boca y volvió a abrir el libro en la página donde lo había cerrado de golpe. Era de un humorista colombiano, compatriota suyo, que narra experiencias paranormales basadas en hechos de la vida real. Hizo un esfuerzo sobrehumano para concentrarse en la lectura.

“...También se han dado casos en que los espíritus del más allá se valen de medios de comunicación modernos como el teléfono, el fax y el Internet para transmitirle mensajes a sus seres queridos. Uno muy famoso y publici-

tado en la prensa nacional fue el de Marta Jiménez viuda de Alfonsillo. Su difunto esposo, con quien estuvo casada por más de 38 años, se había llevado a la tumba el secreto de dónde estaba la caja fuerte de la casa y cuál era la combinación para abrirla.

»Trascendió que el día de la lectura del testamento en la oficina del abogado, a donde habían asistido muy puntualmente y de negro hasta los pies vestidos Martha Alfonsillo y los tres hijos del matrimonio, sonó el teléfono. El abogado levantó el auricular y palideciendo hasta tal punto que su rostro superó en blancura el de los papeles del testamento, le extendió el aparato a la viuda diciendo: —Es su difunto esposo, señora Alfonsillo.

Como era de esperarse, Martha Alfonsillo y sus hijos pusieron al unísono su mejor cara de asombro. ¿Cómo era posible si llevaba una semana enterrado? ¿Qué clase de chiste macabro era el de aquel abogado? Pero el rostro triste y lívido del leguleyo no era el de un tipo con talento para el humor, de modo que la señora Alfonsillo tomó el auricular nerviosamente con la mano izquierda, se lo puso al oído y saludó incrédula al hombre con quien había vivido 38 años, cuatro meses y diez días de su vida.

—¿Diga?

—¡Hola, mi fundita!, era para decirle que la caja fuerte está debajo del mueble de los libros. Toca correr la biblioteca hacia la derecha y verá un desnivel en el piso. Y también para decirle que el número de la combinación es... ¡anote, rápido!

Sólo en la intimidad su esposo la llamaba mi fundita porque el abultado pecho de ella siempre le había parecido mejor lugar para reposar la cabeza que la funda de la almohada. Tras escuchar aquel apelativo en la voz de su difunto esposo, la señora Alfonsillo superó rápidamente en palidez al abogado. Sin atreverse a contrariar muerto al marido a quien tantas veces contrarió en vida, la fundita Alfonsillo levantó en alto la mano derecha que tenía libre y que en esos momentos temblaba tanto como la izquierda, e hizo un gesto mímico para solicitar pluma y papel. El hijo mayor, el más rápido de los tres, se apresuró a darle la suya y con una velocidad sorprendente, tomó una de las hojas del testamento y la puso por el reverso para facilitarle a su madre la labor de escribir.

—Mire, la clave es seis a la izquierda, dos a la derecha, cuatro a la izquierda, y siete a la derecha. Hasta luego mi fundita —fue lo último que dijo. Y colgó.

La clave quedó temblorosamente garabateada en la hoja y seguidamente la señora Alfonsillo, quien era una estricta observadora del protocolo incluso en casos tan extraordinarios como ese, procedió a desmayarse tan aparatosamente como le fue posible”.

Lorena no pudo contener la risa al terminar de leer aquello. ¡Cuánto necesitaba una válvula de escape para sus nervios! Su vecina la miró con un gesto de espantar pájaros y Lorena se rió más todavía imaginando lo perfectamente ridículo que debía lucir el dentífrico de aquella señora,

impecablemente doblado desde abajo. Tan desquiciada era su risa que la otra, visiblemente alterada, estiró la mano derecha hacia arriba y oprimió el botón para llamar a la azafata. Fue entonces cuando Lorena estalló en estrepitosas carcajadas, porque ese mismo gesto de levantar la mano con su cara de espantar pájaros le recordó el que debía haber hecho la señora fundillo, la señora Alfonsillo, para solicitar una pluma. Es más, ¡A lo mejor su vecina era la señora Fundillo! Lorena cruzó los brazos sobre su diafragma y se dobló de la risa, y entre las lágrimas vio venir por el corredor a la azafata, quien con un gesto muy cortés procedió a preguntarle a la señora con cara de fundillo de pájaro si la podía ayudar en algo. A lo cual ella respondió señalando de forma incriminatoria a Lorena.

—¡Mirad como se ríe! La chica está trastornada. Me parece que ha perdido el juicio.

Lorena sintió cómo la bola de chicle recorría en dos segundos los 35 centímetros de esófago que separaban su boca de su estómago y recuperó la compostura de forma súbita. Se secó las lágrimas a toda prisa con los dedos y miró con seriedad a su vecina.

—Perdóneme, no sabía que usted fuera española.

—¿Y eso qué tiene que ver?

—Nada —respondió Lorena. Yo me entiendo. De nuevo le ofrezco mis disculpas.

Y luego agregó mirando a la azafata:

—Ya pasó, señorita. No volverá a ocurrir. Me reía de algo que acababa de leer. Era gracioso.

El acento madrileño de su vecina fue como una bofetada que la hizo conectar su vida virtual con lo que acababa de leer. ¿Qué tal si Daniel no existía? ¿Qué tal si todos aquellos meses había estado sosteniendo correspondencia y hablando por teléfono con un tipo tan muerto como muerta de risa acaba de estar ella? ¿Qué tal si todo era una gran mentira a la madrileña? De la risa pasó al estupor. Guardó el libro, se puso los audífonos para ver una película de acción recién comenzada y casi no volvió a moverse de su puesto, con la excepción de las dos veces que se tuvo que levantar al baño, y otra para hundir el libro en el fondo del bolso donde llevaba regalos comestibles para su amor chatero: almojábanas sabaneras, aguardiente de anís, y quesitos rellenos de bocadillo.

—Si por lo menos hubiera comprado unas flores —se reprochó Daniel. Pero era demasiado tarde para pensar en aquel detalle porque si dejaba de caminar a toda prisa, de avanzar a zancadas, se arriesgaba a no llegar a tiempo a la puerta por donde saldría Lorena. La idea de las flores se le ocurrió al pasar frente a una exposición de Cactus, situada en la terminal 1 —cerca de donde había estacionado el coche— ya casi había llegado a la puerta de llegada de los vuelos internacionales cuando cambió de opinión y decidió comprar un cactus, al fin y al cabo una planta era una planta, de modo que giró sobre sus talones y cuando estuvo frente a ellos examinó las púas con los dedos para asegurarse de que no fueran demasiado espi-

nosos. Uno de los cactus se defendió del mimo indeseable y le clavó una aguja. La gota de sangre tardó exactamente una fracción de segundo en salir.

—No se tocan las plantas —dijo la encargada con tono maternal.

—¿Y se venden?

Meneó la cabeza por toda respuesta y señaló con el índice un letrero donde se explicaba la naturaleza de la exposición, pero Daniel no tenía tiempo para leerlo, giró sobre sus talones una vez más y continuó a zancadas hacia la puerta de salida internacional. Sin dejar de chuparse el dedo se acercó a la entrada tanto como pudo y se situó entre los que sostenían letreros con nombres o apellidos de personas a quienes jamás habían visto. Lo del letrero le pareció de pronto una maravillosa idea y pese a considerarlo un recurso algo vulgar, buscó una hoja entre su malecón. Quizás ella le reprocharía después no haber confiado en su instinto para identificarla, pero le parecía mejor aquello a arriesgarse a un desencuentro. Escribió “Lorena” con unas letras gordas y algo torcidas, rematadas con una pequeña mancha de sangre y sostuvo nerviosamente el letrero a la altura de su pecho. Las manos le temblaban tanto que se le cayó y le tocó agacharse a salvarlo de un ejército de pies enfundados en sus sandalias que acaban de aterrizar procedentes de algún lugar del Caribe. Cuando al fin atrapó el papel con el índice y el pulgar, lo hizo ondular en el aire como una bandera de triunfo.

Una a una salían las pasajeras del avión y todas lo miraban

y se reían. ¿Qué tenía de gracioso?, ¿sería que su corbata roja quedaba fatal? No estaba acostumbrado a provocar risas sino miradas coquetas. Siempre se había considerado un hombre atractivo y se jactaba de que aún entrado en los cuarenta, su cuerpo de deportista inspiraba en las mujeres malos pensamientos que en realidad siempre le parecieron los mejores. En conjunto era un tío guapo, pero por algún motivo inexplicable las pasajeras recién llegadas de quién sabe dónde lo encontraban gracioso. Hasta quienes buscaban con la mirada los letreros, cuando llegaban al de él se reían. Se sintió ridículo hasta la humillación y optó por guardarlo. Cuando lo iba a doblar para metérselo al bolsillo se dio cuenta que lo había tenido al revés, con el lado en blanco hacia la salida de los pasajeros. Se preguntó con el terror de lo irremediable si una de las mujeres que se habían reído al verlo sosteniendo su papel en blanco podía haber sido Lorena. Estaba a punto de salir corriendo detrás de todas las que vistieran de rojo y negro, gritando su nombre de chat cuando en el portal de vidrio apareció la sonrisa más angelical del mundo y un par de ojos que inmediatamente se encontraron con los suyos. Las venas se le llenaron de hielo y fuego simultáneamente y por eso tardó en darse cuenta que a ella le temblaban las piernas montadas sobre unos tacones indomables ¡pobrecita!, aunque por suerte traía una sola maleta con ruedas que arrastraba sin dificultad con una mano. En la otra sostenía el libro distintivo. Lorena hizo el ademán de avanzar hacia él, pero los nervios o las pastillas para los

nervios, o las trece horas de viaje inmovilizada por el pánico de que él no existiera, la clavaron al piso como una estalagmita. En ese momento un pasajero apurado la empujó de forma accidental y de no ser porque Daniel reaccionó y corrió a recibirla, Lorena hubiera terminado besando el suelo español como un Papa.

—El santo y seña a medias —le dijo ella temblando mientras trataba de recuperar el equilibrio sin soltarse de sus brazos.

—El hombre que no ha amado apasionadamente...

—... ignora la mitad más hermosa de su vida.

No necesitaron más. El hechizo virtual se desbordó hasta embrujarles la realidad y cualquier persona que los hubiera visto en aquel momento alejarse por el pasillo hubiera pensado que se trataba de la pareja más enamorada del mundo. Despedían un aura de dulzura tan intensa que parecían dos adolescentes estrenando la novedad del amor. Daniel aún se chupaba el dedo cuando pasaron por el sitio donde se encontraban expuestos los cactus, uno a uno comenzaron a echar flores entre las espinas y durante muchos días los empleados del aeropuerto estuvieron intercambiando versiones extravagantes y disparatadas para explicar aquel prodigio.

